

## Pueblo profético

El profeta Jeremías nos anticipa con lujo de detalles, la imagen de Jesús, profeta de Nazaret. Son brochazos de una misma identidad fraguada en dolor, pasión y opción por el pueblo. Se van conjugando el anuncio y la realización, el rechazo y el amor, la condena y la exaltación, la muerte hasta la vida misma.

Tanto el texto de Jeremías como el de Lucas nos describen el drama del Profeta: Perseguidos, ignorados, calumniados. Han sido consagrados desde antes de nacer a una vocación nada fácil: Hacer una lectura del presente en profundidad, visión del futuro como posibilidad y sintonía con todas las voces que acunan la esperanza.

El profeta descalifica con su propia vida todo lo que sea repetición de lo que es siempre igual y anuda en su garganta un grito de novedad. Se rebela contra la deshumanización de todo contexto social, cultural. Proclama a voz en grito el derecho a disentir y se constituye en libertad, como instancia crítica de una sociedad estándar, robotizada, paralizada.

La más auténtica vocación de la Iglesia es el profetismo: Pueblo profético. Su consagración como profeta es en Pentecostés. Pero el sello de identidad se nos da en el bautismo. Somos consagrados/as como Jeremías para anunciar y denunciar, para derribar y construir...Y como Jesús para liberar, sanar y perdonar. Pablo lo resume en una sola palabra: Amor.

Cochabamba 31.01.10

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com